

de sus tropas, unos 21.000 hombres, era poco inferior al de las fuerzas liguistas imperiales que en junto sumaban 25.000.

A pesar de ello la batalla que allí se trabó en la brumosa mañana del 8 de noviembre y que decidió la suerte del reino bohemio duró poco mas de una hora. La ineptitud de algunos jefes y la vergonzosa cobardía de una parte de las tropas fueron causa, no obstante los heroicos esfuerzos de unos cuantos, de aquella derrota del ejército bohemio, casi única en su género en los anales de la historia.

Comenzó la lucha con un atrevido ataque de la caballería imperial contra el regimiento de Thurn, situado en la extrema izquierda de los bohemios. Thurn en persona acudió en auxilio de los suyos con una seccion de caballería, y aunque consiguió rechazar á los imperiales y obtener sobre estos una victoria que fácilmente hubiera podido ser para aquellos de funestas consecuencias, no pudo perseguirles, porque las seis compañías de su regimiento de infantería habian emprendido la fuga. Lo propio que Thurn dieron pruebas de gran valor personal y de audacia el príncipe de Anhalt y sobre todo su jóven hijo. Este, que en aquella jornada se ganó gloriosamente las espuelas, dirigió contra el ala izquierda de los imperiales una atrevida carga de caballería que obligó á huir no solo á la caballería imperial, sino tambien á dos regimientos de infantería; pero, embriagado por el placer de su victoria, se aventuró demasiado y topando con otros dos regimientos y con una division de caballería que en auxilio de estos envió Tilly, vióse comprometido en un nuevo combate en el que perecieron casi todos sus jinetes y él fué hecho prisionero.

Lo mismo sucedió con el ejército liguista, el cual fué cañoneado al principio de una manera tan terrible que quiso desistir del ataque, haciéndose preciso que acudiera apresuradamente Tilly, que restableció el órden en aquellas fuerzas con rapidez asombrosa. Cuando los ejércitos imperial y liguista atacaron unidos y en órden cerrado, cedió decididamente la resistencia del ejército bohemio, que ya se habia mostrado bastante débil y que solo por el heroismo de los jefes antes citados pudo en ciertos momentos realizar algunos hechos memorables. En vano Cristian de Anhalt hizo cuanto pudo para reanimar á sus tropas: los regimientos húngaros, que hasta aquel dia se habian portado valerosamente en algunas atrevidas correrías, pero que no habian tomado nunca parte en una batalla campal ordenada, al huir á la desbandada apenas sufrieron el primer ataque, arrastraron consigo en su fuga á una gran parte de la infantería bohemia, y á pesar de la vigorosa resistencia que especialmente el regimiento de infantería moravo opuso á los imperiales, la derrota fué muy pronto general. Las tropas corrieron en desordenada fuga hácia la capital, adonde llegaron en la confusion y dispersion mas completas.

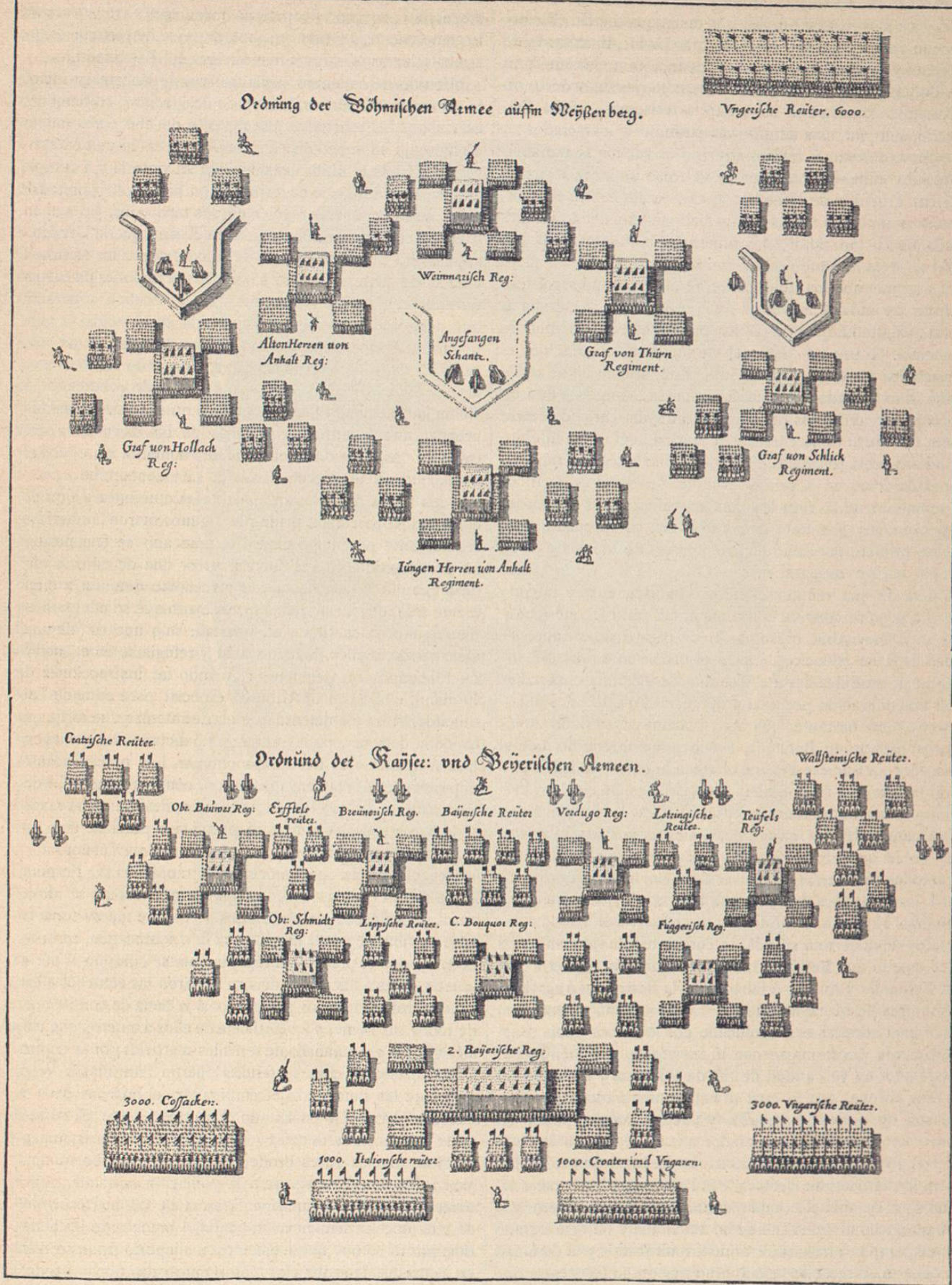
Mientras en el corto espacio de una hora se decidía la suerte de Bohemia, aquel por quien en primer término se empeñaba la lucha entregábase tranquilamente en Praga á los placeres de la mesa, y cuando despues de comer quiso salir para enterarse de cómo estaban las cosas, encontróse cerca de la puerta de su palacio con sus fugitivas tropas cuyos caudillos refiriéronle toda la verdad de la espantosa derrota que su ejército habia sufrido. Federico vió en un instante disipado el sueño de su soberanía y en su desesperacion no pensó mas que en huir á toda prisa. Su esposa, en cambio, mantúvose en una actitud mas tranquila y mas digna. Convocado inmediatamente el Consejo de guerra, no todos sus individuos opinaron que todo estaba perdido y que el rey debía buscar su salvacion en la fuga. La capital estaba bien fortificada y además se sabia que hácia ella se dirigia un cuerpo auxiliar de 8 000 hombres al mando de Bethlen

Gabor, que realmente el dia de la batalla solo estaba á cuatro jornadas de la ciudad. En su consecuencia, el jóven conde de Thurn, Tschernembl y el coronel Schlammersdorf fueron de parecer de que el rey debía quedarse en Praga y tratar de defender la ciudad; pero el de Anhalt y el conde de Thurn, el mayor, conceptuaron imposible esa empresa y manifestaron que el rey debía ante todo ponerse en salvo. Aceptóse esta opinion y el rey, la reina, Thurn, Hohenlohe, Anhalt y los mas elevados funcionarios del reino salieron de la ciudad seguidos de un largo convoy de coches en los cuales los monarcas habian ocultado apresuradamente sus principales tesoros. Con la angustia y la desesperacion pintadas en los semblantes vieron los habitantes de Praga salir de la capital á su rey. Federico encaminóse en precipitada fuga á Silesia. El sueño de aquella efímera monarquía, de aquel reinado de invierno, como se le llamó, habia llegado á su término.

LA REACCION EN LOS TERRITORIOS HEREDITARIOS IMPERIALES

Con la precipitada fuga del protestante rey intruso de Bohemia resultaba perdida la causa de los rebeldes y por ende, dados los sentimientos y el carácter del emperador, la del protestantismo no solo en Bohemia, sino tambien en los demás territorios hereditarios de los Habsburgos. La noticia de la terrible derrota sufrida por los protestantes bohemios en la Montaña Blanca difundió el pánico y el terror por todas partes y debilitó las fuerzas de la resistencia que aun quedaban y que no dejaban de ser importantes. La capital de Bohemia abrió, sin resistirse apenas, sus puertas á los vencedores imperiales y liguistas, los cuales la saquearon de una manera inhumana cometiendo toda suerte de horrores, no ya la soldadesca, sino tambien individuos de familias ilustres. Entonces, como en otro tiempo despues de la guerra de Esmalkalda, vióse claramente que con el mismo dinero que á raíz de la derrota y en los meses siguientes les fué robado en parte y en parte confiscado, hubieran podido perfectamente los protestantes organizar una resistencia con seguridad de éxito. Pero en las esferas de la aristocracia bohemia no se habia comprendido bastante bien que se trataba de una lucha por la existencia y que por lo mismo todos debian sacrificar cuanto tenian para salir en ella vencedores. Ni siquiera despues de la derrota que acababa de aniquilarles se hicieron cargo los mas de los caudillos de la rebelion de toda la trascendencia de aquel desastre, pues creyeron que, fracasado en lo esencial el movimiento, las cosas volverian al ser y estado que antes de iniciarse este tenian. Ninguno de ellos llegó á pensar que Fernando, cuyo criterio hubieran podido conocer por lo que habia hecho en sus territorios hereditarios de Estiria, adoptaria otras medidas que las que en otro tiempo habian tomado Rodulfo y Matías; á ninguno se le ocurrió que despues de la victoria se dedicaria sistemática y consecuentemente á exterminar el protestantismo. El mismo conde de Thurn creía que el emperador les otorgaria su perdón, y la mayoría de los directores y de los demás personajes que habian tomado parte principal en el levantamiento no pensaron ni por un instante en huir, cosa que en los primeros dias de confusion les hubiera sido sumamente fácil. No comprendieron que al quedarse en Praga se jugaban no solo sus haciendas, sino sus vidas. Si aquellos caudillos, si todos los protestantes del país hubiesen sospechado los indecibles males que tras de la derrota habian de venirles encima, habrian tenido valor y abnegacion suficientes para continuar la rebelion, porque de haber obrado así, por muy adversa que la suerte de las armas les hubiera sido, nunca lo habrian per-

Eigentliche Delineation der Kaiser: vnd Böhmischen Schlacht ordnung auf dem Weissen berg bei Prag. Anno 1620.



Orden de batalla de los ejércitos en la Montaña Blanca

(Facsimile reducido del grabado del Theatrum Europaeum, de Matías Merian. Francfort en el Mein, 1635)



de los Estados, desde hacia tanto tiempo discutido y que tantas dificultades y tantos conflictos le creara, declarando en su consecuencia hereditaria en su familia la corona de Bohemia, y cuando limitó las atribuciones y suprimió la inviolabilidad de los supremos oficiales de aquel país. Asimismo son justificables las medidas de reaccion religiosa que tenían por objeto el restablecimiento del antiguo estado de cosas y la reparación de los daños causados á los católicos durante la rebelion, una de las cuales era la reintegracion en sus propiedades de los canónigos, sacerdotes y monjes católicos que de ellas habian sido expulsados. Mas funesto fué para la paz religiosa de aquel reino el hecho de ser llamados nuevamente á él, apenas vencida la sublevacion, los jesuitas (20 de diciembre de 1620), quienes naturalmente desplegaron entre aquellos aterrizados habitantes extraordinaria actividad para convertirlos al catolicismo, empresa en la que al principio fueron muy poco afortunados. Sin embargo, hasta esto puede considerarse como consecuencia lógica del propósito de hacer volver las cosas al ser y estado que antes del levantamiento tenían. En cuanto á la catedral de Praga, á la que el «rey de invierno» habia despojado de todos sus adornos, ya se comprenderá que inmediatamente fué restituida al culto católico.

Si Fernando se hubiese contentado con estas medidas que tendian á establecer una completa igualdad de derechos entre la minoría católica, cada día mas debilitada, y la mayoría protestante y hubiese vuelto las cosas al estado que tenían despues del otorgamiento de la carta de majestad, al poco tiempo la tranquilidad y la paz hubieran reinado en aquel país, ó cuando menos, segun todas las probabilidades, la guerra se habria limitado á Bohemia. Pero desde el momento en que faltando á todos los privilegios escritos empeñóse en una lucha de aniquilamiento sistemático de todo el protestantismo bohemio y en que rasgó con su propia mano el mas importante de los privilegios bohemios, la carta de majestad por la cual tan terribles luchas se habian sostenido excitó la desconfianza de protestantes tan moderados como el elector de Sajonia, que acababa de ayudarle en su contienda contra sus rebeldes súbditos. Ciertamente que el emperador, despues de muchos años de esfuerzos, consiguió la tranquilidad y el orden en aquel país, en el cual sus medidas de restauracion produjeron indecibles males; pero aquella tranquilidad era la de un cementerio. Bohemia quedó devastada y millares de familias ilustres vieron obligadas á emigrar de aquel país antes floreciente y entonces arruinado, cuya poblacion, segun fidedignos cálculos hechos hace poco tiempo, disminuyó de cuatro millones de habitantes que antes tenia á 7 ú 800.000. El número de aldeanos residentes en Bohemia se redujo de 150.000 á 50.000, y el de los de Moravia de 90.000 á 30.000. La mayor parte de los que permanecieron fieles á sus creencias, ó perecieron víctimas de la desesperacion ó abandonaron su patria, figurando entre estos últimos un gran contingente de la antigua aristocracia, á cuyos individuos encontramos, durante las luchas de los veinticinco años siguientes, en todos los ejércitos de los enemigos del emperador. Los protestantes que se quedaron en Bohemia hubieron de apurar hasta las heces el cáliz del sufrimiento: sus derechos les fueron arrebatados en progresion no interrumpida uno tras otro hasta que al fin no les quedó mas recurso que emigrar ó abrazar el catolicismo. En los comienzos de la reaccion dictáronse medidas contra los sacerdotes calvinistas y contra aquellos que se habian distinguido notablemente en la rebelion, por haber tomado parte en la coronacion de Federico, etc. Ese procedimiento gradual que se

siguió en las persecuciones debíase á que no habia manera de sustituir á los sacerdotes desterrados, porque el clero católico estaba reducido en Bohemia á muy pequeño número de individuos. De aquí que en un principio se intentara convencer por lo menos á los sacerdotes utraquistas moderados para que se sometiesen á la Iglesia católica ofreciéndoles que serian respetados en sus cargos; pero de los sacerdotes de Praga, que fueron aquellos á quienes tales ofertas se hicieron (abril de 1621), ni uno solo prestó oídos á esas halagadoras proposiciones. En vista de ello hubo de pensarse ante todo en formar sacerdotes católicos, tarea á la que se consagraron con gran celo los jesuitas muy especialmente, y á medida que pudo disponerse de ellos arreció la persecucion contra los sacerdotes protestantes. Despues que se hubo confiscado y restituido al culto católico tres iglesias de Praga y comenzado la proscripcion de los sacerdotes pertenecientes á la confesion bohemia, muchos predicadores protestantes huyeron voluntariamente antes de verse objeto de aquella medida. Otros no quisieron que sus feligreses se quedaran sin pastor espiritual y se quedaron en sus puestos, dirigiéndose, lo propio que los profesores protestantes de la universidad de Praga, al elector de Sajonia pidiéndole que les aconsejara y que intercediera por ellos cerca del emperador. Juan Jorge, que entonces comenzaba á comprender la causa que habia servido ayudando al emperador en su lucha, lamentóse repetidas veces á Fernando de la persecucion de que eran objeto sus correligionarios; pero el emperador, aguijoneado de continuo por el nuncio pontificio Caraffa, no hizo caso alguno de sus quejas. Desde la primavera de 1622 y con excepcion de las iglesias pertenecientes á los protestantes alemanes, contra las cuales no se atrevieron los reaccionarios á hacer nada por el pronto por consideracion al elector de Sajonia, en ningun templo de Praga se toleró mas culto que el católico, y lo propio sucedió en los dominios reales, de suerte que los protestantes no tuvieron otro sostén que el que hallaban en algunos dominios particulares. Pero tambien de este recurso se les privó al poco tiempo: en efecto, un edicto especial prohibió á todos los sacerdotes el uso del cáliz de los láicos y dispuso que los láicos que se resistieran á esta innovacion no podrian recibir ningun sacramento, ni ser casados ni enterrados eclesiásticamente. Sin embargo, á pesar de todas las violencias que se ponian en práctica, una de las cuales fué á poco el alojamiento obligatorio de los dragones de Lichtenstein á quienes se llamaba los *salvadores*, el protestantismo no desaparecia, y cuando se expulsaba á los párrocos, las poblaciones en masa acudian secretamente á los predicadores que iban de pueblo en pueblo. Verdaderas conversiones al catolicismo, que se procuraba obtener por todos los medios imaginables, hubo muy pocas y aun estas eran meramente externas, pues los conversos permanecian en el fondo inquebrantablemente fieles á sus creencias y los que podian ser escapaban de su patria entonces tan inhospitalaria.

Al mismo tiempo que se adoptaban estas medidas de reaccion religiosa que mataban todo sentimiento espiritual espontáneo y que producian en el país la mas espantosa miseria, se acometió la revision constitucional á fin de anular todo movimiento vital en la esfera política y de convertir al emperador en soberano absoluto. Tambien en esto se procedió gradualmente: comenzáse por espurgar el Consejo de la capital bohemia de todo elemento sospechoso, y en los dias 21 y 22 de octubre de 1621 procedió Lichtenstein á una renovacion de los miembros del Consejo, excluyendo á todos los adeptos de la confesion bohemia. En lo sucesivo el capitán de la guardia urbana nombrado por el rey y los jueces régios debian ejercer la inspeccion de la municipali-

dad; todos los altos cargos provinciales fueron conferidos exclusivamente á católicos y hasta se les llegó á limitar á los protestantes la facultad de adquirir. Ninguno de estos podia ser ciudadano, ni ejercer una industria, ni contraer matrimonio, ni otorgar testamento, y al que daba asilo á un protestante ó toleraba la enseñanza protestante se le imponian severos castigos. El último paso en este camino dióse cuando se concedió un plazo dentro del cual todo protestante debia abrazar el catolicismo ó emigrar. Por este sistema se logró, por lo menos aparentemente, la extirpacion completa del protestantismo en Bohemia: este resultado costó no solo una despoblacion sin ejemplo, sino tambien una absoluta desolacion espiritual de aquel país.

De igual manera que en Bohemia procedió Fernando en los demás territorios hereditarios, en Moravia y Austria, los cuales poco despues de la batalla de Praga y tras inútiles resistencias y vanas tentativas para que antes de someterse se les confirmaran sus privilegios políticos y religiosos, hubieron de volver incondicionalmente á la obediencia del emperador. El cardenal Dietrichstein, nombrado comisario imperial de Moravia, hizo allí lo mismo que en Bohemia habia hecho el gobernador Lichtenstein, es decir, confiscar bienes y reprimir sistemáticamente el protestantismo apelando á toda suerte de violencias. Unicamente Silesia y las Lusacias fueron tratadas con mayor suavidad por haber sido el elector de Sajonia quien, por mandato del emperador, llevó á cabo en aquellos territorios la ejecucion, que se verificó sin gran resistencia: y aunque Fernando se opuso repetidas veces y enérgicamente á que tal hiciera, el elector, invocando sus plenos poderes, garantizó á todos los Estados que voluntariamente se sometieran la confirmacion de sus libertades eclesiásticas y religiosas, consiguiendo, por su actitud resuelta, que el emperador respetase su promesa por mucho que el hacerlo le mortificara. En la Lusacia pudo lograr esto tanto mas fácilmente cuanto que aquel territorio le fué desde luego concedido en prenda de los gastos de guerra que habia hecho.

Todos los territorios de la corona bohemia volvian, pues, á estar en lo fundamental bajo el dominio del emperador: solo Bethlen Gabor de Transilvania y con él Hungría continuaban levantados en armas contra Fernando, el cual entabló con aquel negociacion de paz. En Bohemia todavia se resistieron algunas plazas fuertes, especialmente la de Pilsen, que defendia el cuerpo de ejército de Mansfeld; pero su rendicion solo podia ser cuestion de tiempo, tanto mas cuanto que Mansfeld, segun hemos visto, estaba dispuesto á negociar como habria tenido que hacerlo si se hubiese quedado solo en su resistencia. La guerra hubiera podido considerarse en lo principal como terminada, de haberse Fernando contentado con la sumision de los territorios hereditarios sublevados.

Pero ya á raíz de la batalla de la Montaña Blanca habia dado un paso que claramente demostraba que no se hallaba dispuesto á darse por satisfecho con los triunfos conseguidos. Ya hemos visto que en el tratado firmado en octubre de 1619 con Maximiliano de Baviera habia ofrecido á este la concesion de la dignidad de elector del Palatinado, ofrecimiento que solo podia realizarse decretando préviamente la destitucion y la proscripcion del elector Federico. El emperador sabia que Maximiliano, del mismo modo que en virtud de aquel tratado se habia apoderado de la administracion del Alta Austria como prenda posesoria, exigiria el cumplimiento de aquella promesa verbal y que, en su consecuencia, solo evacuaría rápidamente los territorios austriacos en el caso de que se le indemnizara con la posesion del Palatinado. Pero comprendia tambien que si despojaba al elec-

tor palatino de sus territorios hereditarios y transferia á un príncipe católico uno de los tres electorados protestantes, produciria entre todos los protestantes alemanes una verdadera explosion de descontento y de gravísimos recelos. A pesar de todo, despues de haber consultado con el duque Maximiliano, resolvió al fin dar aquel paso decisivo y peligroso, y sin atender á los consejos que de todas partes, incluso del elector de Sajonia, le llegaban para que tal no hiciera, en 22 de enero de 1621 decretó la proscripcion del Imperio contra el elector Federico, con lo cual despertó naturalmente grandes inquietudes entre todos los príncipes protestantes y fué causa de que la guerra hasta entonces puramente local se convirtiera en una guerra general alemana primero y europea despues.

#### LUCHA POR EL ELECTORADO DEL PALATINADO

El desdichado «rey de invierno» habia manifestado repetidas veces, en el curso de las negociaciones que casi sin interrupcion y por intermediacion de Inglaterra se habian seguido con el emperador, que no habia luchado como elector del Palatinado contra su soberano y emperador, sino como rey electo de Bohemia contra Fernando en su calidad de monarca bohemio, con lo cual queria justificar su opinion de que el emperador no tenia derecho á llevar la guerra á sus territorios hereditarios, es decir, á los del elector del Palatinado. Pero ¿quién censurará á Fernando porque no ajustara su conducta á esta teoría? Desde el punto de vista en que el emperador se colocaba, la aceptacion por parte de Federico del Palatinado de la corona real bohemia que á él de derecho pertenecia constituía un ataque contra sus territorios hereditarios, ataque al cual podia contestar con otro digno contra los territorios hereditarios del elector. Este modo de proceder del emperador habianlo de antemano considerado probable y por ende temido todos los protestantes. Solo así se explica que la Union, en todo lo demás tan tenazmente reservada, prometiera defender contra cualquier ataque los territorios hereditarios del Palatinado, y solo así se comprenden las negociaciones que Fernando, al penetrar en Austria, entabló con la Union y que terminaron con aquel tratado de julio de 1620, por el cual la Union y la Liga se comprometieron á una paz recíproca, prometiendo en cambio la Liga abstenerse de todo ataque contra los territorios palatinos de Federico. Pero este compromiso habíalo contraído Maximiliano de Baviera únicamente por sí y por la Liga, negándose resueltamente á hacerlo extensivo al archiduque Alberto, gobernador de los Países Bajos. No se concibe cómo la Union, despues de haber intentado en un principio ampliar el compromiso en aquel sentido, aceptó aquel tratado á pesar de haberse Maximiliano negado á acceder á tal pretension: así sucedió necesariamente lo que tenia que suceder. La Liga y Maximiliano cumplieron su compromiso de no atacar al Palatinado, no habiéndoles costado gran cosa mantener su promesa, porque hartos tenían que hacer con la guerra de Bohemia; pero el archiduque Alberto, á pesar de todas las gestiones diplomáticas de Jacobo I de Inglaterra, dió orden en agosto de 1620 á su general Spínola de que penetrase en el Bajo Palatinado. La actitud que adoptó la Union enfrente de tal proceder correspondia por completo á la lamentable debilidad de que habia dado muestras, en el terreno diplomático, durante las negociaciones entabladas con Maximiliano. El ejército unionista, mandado por el margrave de Ansbach, ni siquiera intentó seriamente oponerse al avance de Spínola: por el contrario, permaneció tranquilo en su campamento de Worms en espera de las tropas auxiliares holandesas é inglesas, mirando im-